

# Depresión: el dolor del alma de los que se perdieron<sup>1</sup>

Maria Zelia de Alvarenga\*

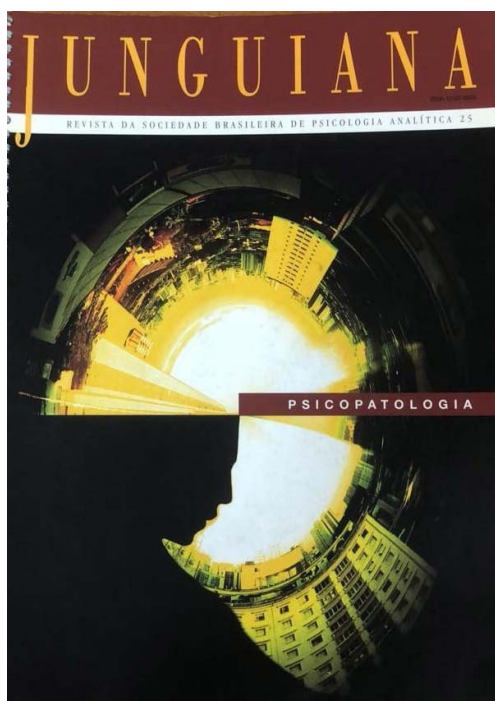
## Resumen

La depresión, en sentido simbólico, es la mejor expresión del dolor del alma que ha perdido su propia naturaleza. La depresión como estado de encarcelamiento. Los seres vivos siempre están pasando por transformaciones físicas, psíquicas, socioculturales y noéticas. Cuando las transformaciones no encuentran espacio para expresarse, surge el sufrimiento. La solución sería romper y cuando no lo consigues, surge la depresión. La búsqueda de la posibilidad de rehacer la conexión con el otro puede hacerse a través de un proceso vía logos espiritualizados. Se utiliza el mito de Orfeo para explicar la pérdida del coniunctio con el ánima y la segunda búsqueda de uno mismo por el camino de la Sabiduría Profunda. Esta búsqueda también puede traducirse por las preguntas kantianas: ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy

aquí? ¿Cuál es el significado de mi vida? ¿Cuál es mi responsabilidad con todo lo que me rodea?

La conclusión del texto define la condición de comprensión de que el perderse a sí mismo, base de la depresión, encuentra respuestas, en un segundo momento de la vida, a través del conocimiento, a través del logos espiritualizado y transmitido por la Sabiduría Profunda. ■

**Palabras claves**  
depresión,  
dolor del alma,  
alma como  
exigencia de  
traicionar lo  
establecido,  
de perderse,  
mito de  
Orfeo, logos  
espiritualizado  
y Sabiduría  
Profunda,  
las cuatro  
preguntas  
kantianas.



<sup>1</sup> Publicado originalmente na Revista Junguiana nº 25, 2007, p. 19-27

\* Médica (FMUSP-1966), psiquiatra (AMB), analista junguiana - SBPA (Sociedade Brasileira de Psicologia Analítica) e afiliada à IAAP (International Association for Analytical Psychology). Livros publicados: Mitologia Simbólica (em colaboração); O Graal: Arthur e seus Cavaleiros (em português e inglês – editora Karnac); Édipo, um herói sem proteção divina; Ulisses o herói da astúcia (em colaboração com Sylvia Baptista); Por que os deuses castigam? (todos pela Casa do Psicólogo); Os deuses castigam? Anima/Animus de todos os tempos (em colaboração). e-mail: <mza@boitata.org>

## Depresión: el dolor del alma de los que se perdieron

“El héroe es el actor en la transformación  
de Dios en hombre”  
(JUNG, 1988, par 612).

La depresión es un cuadro clínico de carácter sindrómico descrito por la psiquiatría como un proceso morboso de manifestaciones relacionales, consigo mismo y con el mundo. El ser humano deprimido es irritable o indiferente a todo. Al mismo tiempo, está ansioso, inquieto y se siente abrumado. El comportamiento está guiado por la reducción de la energía global: cansancio fácil y dificultad para concentrarse. Los pensamientos tienen un carácter negativo, se altera el juicio de la realidad y la capacidad de planificar el futuro. La persona deprimida sufre una incapacidad total o parcial para sentir alegría y experimentar experiencias placenteras (MORENO et al., 1995).

La depresión, en sentido simbólico, es, en mi opinión, la mejor expresión del dolor del alma que ha perdido su propia naturaleza. El alma como soplo divino, instituye o da al cuerpo la condición de criatura para hacerse humano. Ser humano es ser cuerpo con alma, alma como deseo, exigencia de transformar, superar, traicionar lo preestablecido, como nos dice Nilton Bonder (1998) en su texto “*A Alma Imoral*”.

Podemos pensar en la depresión como un proceso que se desarrolla como resultado de varios factores desencadenantes y que da lugar a innumerables síntomas físicos y psicológicos ya cambios profundos y muy comprometedores en la relación del que la padece con su mundo. Sin embargo, como expresión del sufrimiento del alma, la depresión puede ser vista como un estado de aprisionamiento en el que la persona se coloca, se siente o se conoce a sí misma, pero sin comprender emocionalmente por qué se encuentra en esa condición. Estar preso, sin poder ejercer

libremente, sin competencia para romper con lo preestablecido, hace que el ser humano se sienta esclavo. Ser esclavo implica perder la creatividad, volverse estéril, sometido a la obligación de cumplir tareas sin posibilidad de elección.

La libertad es la condición de poder vivir en un lugar de fertilidad, donde nada te detiene y donde tienes derecho a ir y venir. El lugar fértil permite que se cree, mientras que en los lugares estériles nada germina. Cuando estás en una relación estéril, la criatura se vuelve esclava y, a su vez, ¡todo lo que se vuelve estéril esclaviza y mata! Todo ser que se sabe libre trabaja, porque trabajar significa crear, establecer un proceso interactivo, fecundo de vida. De esta manera, no hay manera de ser libre sin trabajo, sin creación. El encarcelamiento provoca desesperación, angustia, vaciamiento, sensación de nada, pérdida de identidad, pérdida del sentido de la orientación.

El esclavo es alguien con potencial para crecer, pero sometido al desempeño de tareas que exigen menos potencial que del que se le atribuya por su competencia. No hay esclavo que no sueñe con la libertad y el deseo de romper con el estatuto. Y, estas demandas surgen siempre cuando el ser humano se siente atrapado.

Todo lo que crece debe romperse. Todo lo que está vivo es una secuencia constante de rupturas. La relación puede, en un momento dado, configurar un estado de continencia, de calidez. Sin embargo, como seres vivos, tiene lugar el proceso de crecimiento y transformación, ya sea en el sentido físico, psíquico, sociocultural o noético. Por muy continental que sea una relación, sólo puede permanecer en esta condición si, concomitantemente con las transformaciones de cada uno de los socios, cualquiera que sea, la relación misma sufre transformaciones que acomoden las demandas

emergentes de los participantes, dando espacio para que se manifiesten e interactuar. Cuando estas transformaciones y crecimientos no encuentran espacio, surge la asfixia. “Aceptar” esta condición de asfixia significa dejarse aprisionar, negarse, traicionarse, ya sea por miedo, por inseguridad, por cobardía. El no “aceptar” la esclavitud y la ruptura con el estatuto hace que la criatura experimente uno de los tantos ritos de pasaje, en conmemoración o celebración de la audaz ruptura.

Cuando no es posible romper, o peor aún, cuando la persona se encuentra prisionera de una relación que traduce su propia esclavitud, aun cuando no sea consciente de ello, se asienta la desesperación, explicada por la pérdida del deseo de encontrar salidas o renunciando a luchar por la libertad. La condición de no poder crear un futuro, diferente al probable, coloca a los “esclavizados” cada vez más prisioneros de un pasado idealizado y perdido de sí mismos. Por más “acomodado” que esté el aprisionado – deprimido, el Yo no deja de enviar “noticias”: sueños, fantasías, ideación de la muerte – como expresión introvertida y subjetiva del dolor del alma –, así como los innumerables síntomas físicos – como expresión extrovertida, objetiva de la dimensión concreta del dolor del alma. El lugar hasta entonces agradable da paso al deseo de “nacer”, de dejar la casa, la ciudad, la familia y buscar algo nuevo, cambiar de trabajo, cambiar de pareja, cambiar, cambiar. El nuevo orden es el cambio. Es el momento de la ruptura. Para lograrlo hay que dejar lazos, herencias, expectativas... Si no aceptas el reto de nacer, te mueres, te deprimas, te enfermas. Cuando el espacio en el que se vive ya no es competente y continente para el tamaño adquirido, cuando no hay “permiso” para expresar ideas, cuando la orden es mantener la contención, sólo queda romper. Cuando no se rompe, el alma muere y se instala la servidumbre.

¡Todos los que están esclavizados están esclavizados!

Las antinomias están presentes en todos, representadas por la demanda de crecer y la demanda de asentarse, de estancarse; por fuerzas creativas y fuerzas acomodativas. Según la polaridad emergente que determine la conducta, el ser será maldito para el mundo porque rompió con las normas, con los valores, con los dogmas, o será maldito para sí mismo por haberse acomodado y quedado como “esclavo”.

Y el alma duele...

El dolor del alma que emerge a la conciencia, al perderse el conocimiento de sí mismo, expresa el sufrimiento más profundo del ser humano. No hay quien, habiendo pasado por un proceso de reflexión analítica, ignore la intensidad de este dolor, de esta condición de ser.

Este dolor que duele como el dolor del alma y duele más que el dolor del cuerpo, duele en la locura de la vida cuando el vivir se carga con la expresión de la muerte. Es un dolor incontable, aparentemente intraducible, que hiere intensamente y trae a la conciencia la certeza subjetiva de haberse perdido. Es el dolor de sentirse apartado, expulsado del paraíso, acusado de infamias que no sabe que ha cometido. Es el dolor de sentirse culpable por no ser o no poder ser lo que la chispa de la singularidad reclama como exigencia de actualización. Y, en ese momento supremo, el dolor es el ser mismo y el ser sólo se conoce como dolor, es decir, es el dolor mismo.

Ser dolor como abandono, ser dolor como incongruencia, indiferencia e incompreensión en el mundo, soledad en el caminar, pérdida y duelo, derrota y fracaso.

Siendo el dolor de “simplemente ser golpeado, tropezar con la alfombra” y caer de cara al suelo. Ser el dolor de no pertenecer, de haber sido abusado, vilipendiado, ofendido, no respetado. El dolor de no ser amado, de ser ignorado, humillado. El dolor de ser cobarde por no haber aceptado el reto, el dolor de ser tonto, de ser servil, de ser el antihéroe. El dolor de haber intentado quitarse la máscara y descubrir ser la máscara misma, como decía Fernando Pessoa (1983).

Ser el dolor del desaliento, de la desesperanza, de la incompetencia, de no poder ser lo que naciste para ser. Ser el dolor de darte cuenta de la oportunidad que sucede a tu lado y tener miedo de tomar asiento en el viaje de la vida. El dolor de envidiar el éxito y la riqueza del otro; el dolor de los celos por el cariño que recibe el otro; de placer no sentido; del hambre insatisfecha; del cuerpo intacto.

Ser el dolor de ver pasar el tiempo y envejecer sin haber sido joven; de hacer eructar a la burguesía cuando el revolucionario estaba atrapado en el calabozo de la cobardía. El dolor de desear la mujer de otro sin haber tenido el valor de conquistarla. El dolor de la fealdad, del torpe, del mutilado, del abortado como un paria maldito.

Ser el dolor de saber que el peso del desafío era más de lo que la columna vertebral podía soportar; el dolor de ceder al miedo de no poder soportar el dolor de ser aplastado; el dolor de haber eludido el esfuerzo, rindiéndose a la humillación de ser visto como incapaz, despreciable y sintiéndose avergonzado de sí mismo.

¡Vaya! ¡Cómo duele el dolor del alma!

Este dolor que hiere a todos, cuando le sucede a cada uno, trae el sentimiento de un sufrimiento único, sin precedentes, sin parámetro de comunión con los demás. El dolor que duele parece no tener paralelo en el mundo. Sería necesario que cada uno se descubriera como parte integrante de la humanidad, cargado de matrices de dolor en el alma, compuesto de todos los dolores del mundo para encontrar la salvación. Así podemos intentar ser analistas, sólo así podemos ser analizados.

La necesidad de comprender y sufrir el dolor del otro, como de uno mismo y no sólo como síntoma, sino como símbolo de la humanidad, reclamando espacio en la conciencia, traduce la realidad de la identidad misma del ser: la condición de ser dolor.

Dicho así, es posible comprender el dolor del alma que traduce, en última instancia, el conflicto entre la certeza de que la llamada a

un destino individual ya no puede ser ignorada y la certeza de que el ser se ha agotado de tal modo que no encuentra más condiciones para responder al llamado.

Y, el ser humano sufre cuando permanece y permanece esclavo. Pero también sufre cuando se rompe y se hace responsable de sí mismo. El costo de la libertad es muy alto.

En este caos de sentimientos, de vivencias, de sensaciones, el deprimido se siente inútil, la vida no tiene sentido, se asientan las ganas de morir. Cuando el analista se enfrenta a esta situación, frente a su paciente que quiere morir; que se siente traicionado por la vida sin darse cuenta de cuánto se ha traicionado a sí mismo; quien se siente víctima, abandonado, sin comprender cuánto es verdugo y abandonado a sí mismo, hace parecer que las salidas no existen en este estado de ánimo.

El texto de la vida escrito y descrito por actos, relaciones, fracasos, éxitos, abandonos, traiciones, mutilaciones, fealdades, desgracias, suertes, insatisfacciones, angustias, lutos, hambre, cobardías, valentías, matrimonios, separaciones, acusaciones, culpas, crímenes, maldiciones, incompetencias, palizas, celos, envidias, pobreza, esclavitud, deberes, herencias, nombre y apellido, etc. El mismo texto, sin embargo, también puede retratar el camino de la enfermedad, la tristeza, la depresión.

¡El texto de vida informa, retrata y denuncia!

Y cuando surge la depresión, el tiempo presente detecta un pasado terrible y un futuro peor. El tiempo presente no comprende el pasado y no tiene competencia para crear un futuro diferente al probable, y se traduce como el tiempo de la desesperación, el tiempo de la esclavitud. El esclavo-deprimido es una criatura que se siente fuera del tiempo: el pasado se fue, ya no está; el presente es estrecho, asfixiante, mortal; el futuro será probablemente una reedición de un presente que no cambia.

La persona deprimida es alguien que no tiene fe o no cree ni confía en que algo pueda cambiar en su futuro, viéndolo siempre como la

probable reedición del hoy. Sin fe no se puede alcanzar la Alegría<sup>2</sup>. La fe puede estar ligada a un concepto religioso o no; lo que realmente lo define es saber y confiar sin importar de dónde venga. Esto es muy importante, porque la persona que pierde estos valores ya no tiene la posibilidad de ser y estar feliz, y muchas veces se siente en un “túnel sin salida”. El marasmo se presenta al menos antes del cuadro depresivo.

La realidad que impregna el tiempo de la desesperación, el tiempo de la esclavitud, puede, sin embargo, contener la semilla del renacimiento simbólico, anunciando un tiempo nuevo. Si el proceso de vida se puebla de la búsqueda de emergencias simbólicas producto de la regencia arquetípica que traduce la Sabiduría Profunda, la posibilidad de reconectarse con el Ser, de reconectarse consigo mismo, surge como salida transformadora, como renacimiento. Las regencias arquetípicas que traducen la Sabiduría Profunda exigen una búsqueda deliberada. Alcanzar la comprensión simbólica, acceder al sentido oculto de esa verdad oculta, como un secreto que se niega a ser revelado, exige incansables reflexiones y cuestionamientos sobre lo oculto hasta entonces.

A mi entender, el mito de Orfeo se presenta como un regalo de los dioses para conducirnos a la comprensión de este fenómeno: acceder a la Sabiduría Profunda y lograr la comprensión simbólica del texto de la vida misma. Esta comprensión restituye a la criatura a sí misma, reconstruye la conexión con el Yo, proporciona la coniunctio simbólica consigo misma como matrimonio en el camino de Sofía.

La coniunctio a lo largo del camino de Sofía nos retrotrae a Orfeo. El héroe, después de un largo viaje al reino de Eetes, en la Cólquida, componiendo la tripulación de la nave Argos, comandada por Jasón, volvió a su casa y, desesperado, encontró muerta a su mujer Eurídice, mordida por una serpiente cuando la perseguían

por Aristeo. Orfeo sin Eurídice se siente perdido y decide descender al inframundo para rescatarla del reino de los muertos.

El viaje de Orfeo al reino de Hades configura un episodio iniciático de su proceso de individuación. Quien entre en el reino de lo profundo tendrá que morir y renacer simbólicamente para un tiempo nuevo. Quien desciende al inframundo nunca regresa, porque lo que regresa es otro ser, el renacido. Orfeo canta y encanta a todos los que lo escuchan; toca su lira con la competencia de un maestro, hijo inconfundible del divino Apolo, dios de la música, el arte, la medicina y la curación. Por otro lado, Apolo es el dios del orden, de la ley, de la justicia, de la visión solar. Orfeo puede considerarse como un doble simbólico de Apolo. Inflado, quizás, por el poder de su arte, y habiendo conmovido tanto a Perséfone como a Hades con su música, melodía, pasión, terminó por recuperar a Eurídice. Había, sin embargo, una interdicción: no mirar hacia atrás, no quedarse en el pasado y, al hacerlo, regresar impregnado de transformación ritual. Orfeo ya estaba casado con Eurídice. Al tratar de rescatarla del reino de la muerte, se rescató a sí mismo, ya que fue transformado por la coniunctio simbólica con el ánima. Pero, Orfeo vaciló, sus dudas le hicieron mirar hacia atrás y su ánima Eurídice se perdió en el reino de la muerte.

Quizá, llevado por la inflación del ego, Orfeo no consiguió su coniunctio con el ánima. Su juventud no le dio competencia para tan gran desafío, por lo que desconfió del don que el Ser le ofrecía. La desesperación se apoderó de nuestro héroe. Regresa derrotado, ya no toca su lira, ya no canta, desprecia a Afrodita, se deprime y se pierde. Orfeo no se rinde, así cuenta el mito. Su búsqueda continua, su encuentro y la coniunctio consigo mismo se dará a través de la búsqueda de la Sabiduría Profunda, la búsqueda del Conocimiento, de reconectarse a sí mismo por el camino del logos, de la búsqueda espiritual. El héroe de los nuevos tiempos se atrevió a hacer preguntas y buscar respuestas

<sup>2</sup> Nilton Bonder en comunicación personal en la clase del curso de Cabal de Pesaj, marzo 2007, Casa de Cultura Judaica, São Paulo, SP.

que solo él podía responder. Orfeo se individualiza por el camino del logos espiritualizado, cuando busca lo divino en sí mismo. El Eros de la relación carnal, material, concreta con su gran amor Eurídice, se convierte en el amor del sagrado Ágape con Sofía<sup>3</sup>.

La búsqueda de reconectarse con uno mismo y volverse uno con el todo se puede hacer a través de la comprensión simbólica, a través del conocimiento, a través del encuentro con Sofía. Este proceso se lleva a cabo, a mi juicio, por una conducta regida por un logos espiritualizado que promueve el surgimiento de manifestaciones simbólicas desde la Sabiduría Profunda. La instancia Sabiduría Profunda, tal como se describe en el texto *Mitología Simbólica* (ALVARENGA, 2007), continente de regencias arquetípicas traducidas por figuras míticas, está en continua y constante demanda de actualización. Estas estructuras, componentes de la instancia de Sabiduría Profunda, al actualizarse, expresan momentos profundamente significativos del proceso de individuación, la búsqueda de la propia identidad, principal propósito de quien camina hacia ser cada vez más aquello para lo que nació.

Estas realidades estructurales arquetípicas de la búsqueda de la propia identidad, traducidas en innumerables expresiones simbólicas, pueden ser comprendidas o traducidas por preguntas y respuestas propias de cada uno. Sin embargo, podemos utilizar preguntas que ya pertenecen al colectivo. Para ello, utilizaremos las cuatro preguntas filosóficas enunciadas por Kant para comprender mejor el proceso de auto búsqueda, búsqueda de identidad, búsqueda de sentido a la vida y los retos a afrontar para alcanzar la ansiada libertad.

Las preguntas kantianas son: ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el significado de mi vida? ¿Cuál es mi responsabilidad con todo lo que me rodea?

Estas cuatro preguntas están tan entrelazadas que es imposible tratar de responderlas individualmente. Cada pregunta, cuando pueda tener una respuesta, será resuelta por la conjunción de datos compuestos por aspectos restringidos de la realidad.

La primera pregunta exigirá siempre respuestas a cada tarea cumplida, a cada decepción vivida, a cada traición cumplida. El “¿Quién soy yo?” será siempre la traducción de un proceso en continua y constante transformación, por lo tanto dependiente de la segunda pregunta: ¿Por qué estoy aquí?

La segunda pregunta, de ser respondida en su totalidad, exige conocer el sentido de la vida misma, lo que implicaría la presencia de la tercera: ¿Cuál es el sentido de mi vida?

La segunda y tercera preguntas también son complementarias, ya que el estar aquí se consolida con el sentido de la vida misma. La búsqueda de sentido implica la inclusión de la pertinencia, lo que la hace ligada a la cuarta pregunta: ¿Cuál es mi responsabilidad frente a todo lo que me rodea?

La plena conciencia de las preguntas tercera y cuarta sólo se hace realidad después de muchos años de vida. La cuarta pregunta parece surgir en tiempos del héroe revolucionario, pero sólo se coagula y se estructura como conciencia en la segunda mitad de la vida.

Así, podemos entender estas cuatro preguntas como una forma completa de traducir la búsqueda de la propia identidad y las instancias recorridas para que esa demanda sea consumida. Buscarse a sí mismo, según las referencias traducidas por estas cuatro preguntas, es el proceso mismo de individuación.

La dinámica de la conciencia que involucra las preguntas: ¿Quién soy yo? y ¿Por qué estoy aquí? – solo es posible si la totalidad de la psique ‘sabe’ que para expresarlos es necesario contener en su inherencia la reivindicación de un sentido de la vida.

La dinámica de la conciencia que implica la pregunta: ¿Cuál es el sentido de mi vida? – solo

<sup>3</sup> Comunicación personal de Ana Célia Rodrigues de Souza en 2007.



es posible si la totalidad del psiquismo ‘sabe’ que para expresarla es necesario contener en su interior la exigencia del descubrimiento de la responsabilidad frente a todo.

La dinámica de la conciencia que involucra la pregunta: ¿Cuál es mi responsabilidad frente a todo lo que me rodea? – solo es posible si la totalidad de la psique ‘sabe’ que para expresarla es necesario contener en su inherencia la pretensión del descubrimiento de: ¿Quién soy yo?

La pregunta: ¿Quién soy yo? Demandará diferentes respuestas en diferentes etapas de la vida. Cada vez que se formule, las demás cuestiones quedarán implícitas, aunque no de manera consciente.

Prestando atención a la primera pregunta, podemos ver que para responderla necesitamos conocer nuestros orígenes, nuestra ascendencia. Conocernos a nosotros mismos: ¿Quién soy yo? Necesitamos buscar nuestra relevancia.

El conocimiento del que “venimos” está implícito en la condición de que tenemos y somos conciencia. Nadie se ve o se conoce a sí mismo como “sin principio ni fin”. Todos sabemos que venimos de alguien, de algún lugar, con la certeza de la finitud impresa en nuestro código genético.

La necesidad de tener una respuesta a la pregunta “¿quién soy yo?” es una condición esencial para la estructuración de nuestra identidad y un presupuesto básico para el proceso de individuación. Siempre que se le niegan al ser humano los elementos componentes del origen, como en los adoptados, la exigencia de saber quiénes son los padres, la tierra y la familia de origen se vuelve imperativa para la psique. La imposibilidad de encontrar una respuesta a esta pregunta se traduce en un sufrimiento del alma sin relevancia.

La primera pregunta, si es respondida por el propio interrogador, resulta ya sea en un “no sé” o en la enumeración de actividades o relaciones o tareas desarrolladas, tales como: ser docente (actividad); ser hijo, padre o amante (relaciones); tener responsabilidades, cargas...(tareas).

Es interesante fijarse en que si la pregunta se pone en el otro, la respuesta vendrá con los mis-

mos predicados: el otro es un maestro o un hijo o un padre o bien un sujeto con mucha responsabilidad. La respuesta nunca trae nuestra naturaleza intrínseca. No podemos decir de nosotros mismos: Soy el que soy, o seré lo que se-é - respuestas dadas a Moisés por Jehová.

La pregunta: “¿Quién soy yo?” tal vez nunca encuentre una respuesta satisfactoria, porque si bien el sujeto se sabe un todo compuesto de realidades conscientes e inconscientes, sólo se conoce a través de las referencias de la conciencia. La imposibilidad de una respuesta no excluye la presencia de la pregunta; la respuesta, cuando llegue, hablará del origen, de las razones de estar en el aquí-ahora, de las responsabilidades con el todo, de funciones y tareas a cumplir.

La segunda pregunta kantiana: “¿Por qué estoy aquí?” nos puede llevar a respuestas fatalistas como: “la vida me puso aquí” o a cumplir tareas, requisito previo para realizar el viaje heroico, de las cuales no estoy seguro de por qué cumplirlas. A pesar de no saber el porqué de cumplirlas, siempre se estará consciente de la certeza de tener que realizarlas, presionado, conscientemente o no, por la exigencia de la tercera pregunta.

El “¿Por qué estoy aquí?” consumado por el cumplimiento de tareas esenciales para el surgimiento de nuevas preguntas. Sin completar las tareas, no habrá suficiente transformación para formular la tercera pregunta.

La tercera pregunta de la búsqueda de uno mismo, traducida por: “¿Cuál es el sentido de mi vida?” – revela la necesidad de encontrar la condición prospectiva de todo lo que se logra a través del cumplimiento de las tareas. La adquisición de una conciencia reflexiva pide un futuro, con lo cual, el cumplimiento de las tareas deja la condición de obligatoriedad para convertirse en elección, en opción. Innegablemente, es a través de estas elecciones que podemos crear el futuro o modificar el futuro que se cumple como resultado de la “esclavitud”, la falta de libertad, la depresión con que se compone el cumplimiento de las tareas como condición para la respuesta a la cuarta pregunta.

La cuarta pregunta, aunque todavía no formulada explícitamente, siempre ha estado presente como una realidad de la psique. El cumplimiento de las tareas coagula la conciencia de la propia responsabilidad de ser y estar presente en el mundo. La conciencia de pertinencia trae consigo el sentimiento subjetivo de plenitud y saberse “¿quién soy yo?” implica saberse en la relación con el otro y responsable del otro, parte de uno mismo, de la propia naturaleza, además de ser parte del otro.

Y finalmente, la cuarta pregunta: ¿Cuál es mi responsabilidad hacia todo lo que me rodea? – responde por sí mismo, como resultado de la conciencia de conocerse a sí mismo en función de la relación, interacción, sincronidades. Saberse responsable de todo lo que nos rodea da un sentido grandioso a la vida, transforma lo efímero de los días en capítulos sustanciales del cuerpo simbólico del ser y el estar aquí, ahora.

El cierre de un ciclo de preguntas nos lleva al siguiente, cuando volvemos a la primera pregunta: “¿Quién soy yo?”, con la que podemos encontrar referencias únicas de nuestra propia identidad, hasta ahora nunca intuitas.

### Conclusiones

El propósito de este texto está definido por la condición de que: la pérdida de sí mismo, fundamento del proceso depresivo, encuentra respuestas, en un segundo momento de la vida, a través del conocimiento, a través de un logos espiritualizado y vehiculado por la Sabiduría Profunda. Si nos atrevemos a hacer las preguntas, buscaremos las respuestas. No hay manera de vivir un proceso de análisis sin que se consuma esta búsqueda órfica. ■

Recibido: 07/08/2022

Aceptado: 07/10/2022



## Resumo

### *Depressão: a dor da alma de quem perdeu-se de si mesmo*

*A depressão, no sentido simbólico, é a melhor expressão da dor da alma que se perdeu de sua própria natureza. Depressão como um estado de aprisionamento. Os seres vivos estão sempre em transformações físicas, psíquicas, socioculturais e noéticas. Quando as transformações não encontram espaço para se expressar, surge o sofrimento. A solução seria romper e, quando não se consegue, a depressão surge. A busca da possibilidade de refazer a ligação com o outro poderá ser feita por um processo via logos espiritualizado. O mito de Orfeu é usado para*

*explicitar a perda da coniunctio com a anima e a segunda busca de si mesmo pelo caminho da Sabedoria Profunda. Essa busca pode ser traduzida também pelas questões kantianas: Quem sou eu? Por que estou aqui? Qual o sentido da minha vida? Qual é minha responsabilidade diante de tudo que me cerca? A conclusão sobre o texto define a condição do entender que o se perder de si mesmo, fundamento da depressão, encontra respostas, num segundo momento da vida, pelo conhecimento, via logos espiritualizado e veiculado pela Sabedoria Profunda. ■*

**Palavras-chave:** depressão, dor da alma, alma como demanda para trair o estabelecido, perder-se de si mesmo, mito de Orfeu, logos espiritualizado e Sabedoria Profunda, as quatro questões kantianas

## Abstract

### *Depression: The pain of the soul of those who lost themselves*

*Depression, in the symbolic sense, is the best expression of the pain of the soul that has lost its own nature. Depression as a state of imprisonment. Living beings are always undergoing physical, psychic, sociocultural, and noetic transformations. When transformations do not find space to express themselves, suffering arises. The solution would be to break up and when you don't succeed, depression arises. The search for the possibility of remaking the connection with the other can be done through a process via spiritualized logos. The myth of*

*Orpheus is used to explain the loss of the coniunctio with the anima and the second search for oneself along the path of Profound Wisdom. This search can also be translated by the Kantian questions: "Who am I? Why am I here? What is the meaning of my life? What is my responsibility to everything around me?" The conclusion on the text defines the condition of understanding that losing oneself, the basis of depression, finds answers, in a second moment of life, through knowledge, via spiritualized logos and conveyed by Profound Wisdom. ■*

**Keywords:** depression, pain of the soul, soul as a demand to betray the established, to lose oneself, myth of Orpheus, spiritualized logos and Profound Wisdom, the four Kantian questions

## Referencias

ALVARENGA, M. Z. et al. *Mitologia simbólica: estruturas de psique e regências míticas*. Itatiba: Casa do Psicólogo, 2007.

BONDER, N. *A alma imoral: traição e tradição através dos tempos*. Rio de Janeiro: Rocco, 1998.

JUNG, C. G. *Simbolos de transformação*. Petropolis: Vozes, 1988.

MORENO, D. H.; DIAS, R. S.; MORENO, R. A. Transtornos do humor. In: LOUZÃ NETO, M.R.; ELKIS, H. *Psiquiatria básica*. Porto Alegre: Artmed, 1995.

PESSOA, F. *Obra poética*. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1983.